# RECUERDO DE ANTONIO MACHADO EN BAEZA (1914-1918)

Quiero renovar ahora, en el homenaje al amigo y compañero Manuel García Blanco, mis recuerdos de adolescencia en el Instituto baezano de Segunda Enseñanza. Las piedras de su edificio están amasadas de vieja cultura del siglo de oro, pues antaño, universitariamente, rindieron pleitesía de hermanas menores a las de la Universidad de Salamanca, incluso en la paremiología popular, puesto que todavía decimos por aquellas tierras que «lo que no da Naturaleza, ni Salamanca ni Baeza». Todo ello es como si penetrara en una extensa galería de retratos inolvidables de maestros y amigos, entre los que se destacan dos nombres intactos en el espejo vivo de lo que a mí me sigue pareciendo presencia continuada de ayer en el diario navegar de mis afanes: don Antonio Machado y don Alfredo Cazabán.

*Bondades paralelas*

De este último gran maestro, que nació en Úbeda y murió en Jaén, ya he hablado y escrito en ocasiones diversas, como de un educador sin proponérselo, al que debo toda mi vocación de historiador en agraz, enamorado siempre de mi tierra nativa y al que además debo los generosos primeros estímulos de aquella urgencia literaria que hizo aflorar mis tempranos escritos en la letra impresa de un adorable periódico provinciano, que él dirigía desde su atalaya de Jaén juntamente con la prestigiosa revista denominada *Don Lope de Sosa,* sobre la que vertió tanto cariño como en una hija.

*Don Antonio en Baeza*

A don Antonio y en la propia Baeza, le debo la inefable preocupación entusiástica, feliz y dolorosa, y al mismo tiempo inocente, de sentirme poeta, siguiendo la huella mágica de sus versos, puestos al alcance de mi sensibilidad como a cara y cruz de una vocación estudiantil. ¿Poeta? ¿Historiador? Ahora veo lo difícil que es autodefinirse, desde esta balconada de mi despacho salmantino. Sexagenario ya, vestido de idéntico entusiasmo, tocado de nostalgias juveniles... Y Baeza, en el gran recuerdo de mis versos incipientes. Era por los años de 1914 a 1918. Recuerdo la estampa de don Antonio, con su «torpe aliño indumentario» avanzando como a pasos renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra, negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera; iba rasurado con pulcritud, pero el traje masculado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo. Le veo avanzar por la calle de la Compañía, desde las Barreras, a lo largo del edificio que fue de los jesuitas y en este tiempo era cuartel de tropas y depósito de caballos sementales. Desembocaba en la sosegada plazuela de Santa Cruz, frente al soberbio edificio gótico-isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Jabalquinto, en la cuesta de la Catedral. A la esquina de la calle de la Compañía y de la plazuela mencionada, frontero a esa cuesta, la Casa de Capellanes de la antigua Universidad, donde están instaladas las oficinas, archivo, biblioteca y sala de profesores del instituto; había palmeras y rosales en el patio y era necesario descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro, en cuyos vanos se recortaba la recia figura de don Antonio, un poco inclinado hacia adelante y apoyado en su cayada.

Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que nosotros ignorábamos aún. El ancho claustro renacentista del viejo edificio estaba lleno de luz y de algarabías estudiantiles, pero se colmaba de silencio con solo su presencia. El bedel acudía solícito y daba la voz de ritual; detrás del maestro entrábamos todos en el aula; era una estancia de alto techo,

paredes encaladas, feo zócalo pintado de gris oscuro, con huellas de humedad. Los bancos eran viejos y sucios, la tarima no muy elevada y sobre ella, casi en penumbra, la mesa grande, un sillón y la pizarra. La grave voz de don Antonio pasaba lista lentamente, como en un chasquido de la lengua entre los pronunciados labios: «Salido, Laínez (acentuando mucho la *i*), Quijano», etcétera... Nos habíamos sentado ya por orden de lista: yo estaba el segundo como queda dicho.

Comenzaba la clase de francés. Leíamos algún texto en prosa. Recuerdo uno de Víctor Hugo, que aquel día me tocó leer a mí. Nos corregía la pronunciación. Salía él a la pizarra para aclarar voces y especificar los diptongos. Don Antonio leía correctamente el texto con lentitud: repetíamos alguno de nosotros. Había ternura en la clase, ninguno de nosotros armábamos el runrún o el jaleo que se armaba en otras, ni tampoco nos provocaba el miedo que nos producían otros profesores. Yo leía medianamente, pero traducía bien y me encargó que tradujera «El Lago», de Lamartine. Todavía conservo el papel con las correcciones mínimas que me hizo con su propia pluma, de acero, de las llamadas de la corona, y tinta negra; yo escribía torpemente con tinta azulada. Luego aprendí de memoria trozos poéticos de famosos autores franceses, que me hacía repetir en clase. Recuerdo aún el «Mediodía» de Leconte de Lisle (Charles Marie Leconte).

Paquita de Urquía, mi compañera de curso, fue la primera que puso en mis manos un libro de poemas del maestro. Y así fue naciendo una devoción poética por su obra, algunos de cuyos versos recitaba entre mis compañeros:

*Yo voy soñando caminos*
*de la tarde*

Don Alfredo y don Antonio, dos maestros igualmente bondadosos por naturaleza; de los dos podría decirse como dijo don Antonio de sí mismo:

*Y soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

Inefables lecturas en los atardeceres en aquel gran patio de mi colegio. Era yo por entonces colegial interno, en el de San Luis y San Ildefonso, que dirigía

un inteligente sacerdote. Ese colegio estaba instalado en el caserón de los antiguos Marqueses de Fontecilla, cuyos blasones lucíanse sobre la fachada al lado del balcón principal, en la vieja calle de Santo Cristo del Cambrón, al filo del Murallón de la antigua ciudad, entre la cuesta de San Gil y el Arco del Barbudo o de las Escuelas, muy próximo a este último edificio de la vetusta Universidad; todo ello en los aledaños del inigualable barrio catedralicio de Baeza...

*...la nombrada, nido real de gavilanes...*

por cuyo barrio veíamos pasar algunas veces la sombra silenciosa y solitaria de don Antonio, a vueltas, seguramente de sus ensueños sorianos, en esta ciudad entre andaluza y manchega, como él escribió.

*La botica de Almazán*

Don Adolfo Almazán era farmacéutico en Baeza y profesor de gimnasia en el instituto. La descripción de su persona y de su clase alcanzaría los matices de la caricatura. Pero su botica, situada en la calle de San Francisco, frente al mercado y al teatro que se cobijaban entre las ruinas del convento renacentista de ese santo titular de la calle, nos resultaba un lugar atractivo para los muchachos. Allí íbamos a comprar pastillas de goma, «que son pa la tos», y el famoso *palodú,* cuya raíz nos entreteníamos en masticar asiduamente, como ahora se hace con el *chicle* norteamericano.

La más de las veces íbamos a la botica a no comprar nada; sólo era para ver la reunión de los catedráticos situados al fondo de la rebotica, que era una habitación larga y estrecha, como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías colmadas de botes antiguos. Allí estaba don Antonio, con el sombrero puesto, sentado en el banco de la derecha y al fondo, apoyado en su cayada, con la característica postura meditativa que habíamos contemplado en varias ocasiones y lugares distintos.

Hablaban casi todos al tiempo, de política o de lo que fuera. La más de las veces don Antonio no hablaba. Ese cuadro lo ha descrito él en uno de sus conocidos poemas. Allí estaban don Antonio Parra, pulcro y atildado, secretario del

instituto; don José Moreda, locuaz; el tremendo don José Coscollano, al que todos temíamos por sus exigencias de la clase y su rigor en las preguntas. Allí estaba el inefable auxiliar de matemáticas señor Gómez Arenas, gran amigo y compañero de excursiones y paseos de don Antonio Machado. Nosotros apodábamos a Gómez Arenas, *Cuatro Pelos,* por los pocos que tenía. La rebotica era paralela a la botica y tenía entrada directa por la calle. Los días de lluvia la puerta estaba encristalada y apenas podíamos divisar lo que sucedía en el interior de aquel cenáculo, presidido por los bigotes engomados de don Adolfo Almazán, que hacía frecuentes salidas a la farmacia para responder a las preguntas de alguna cliente o de alguno de los mancebos de la misma.

Otra botica había a la entrada de la misma calle y en la acera contraria, la del también profesor del instituto don Ramón de los Ríos Romero, con el que me ocurrieron anécdotas estudiantiles en su clase de química, que ahora no son del caso referir...

*Se platica*
*al fondo de la botica*

escribió don Antonio.

*Los paseos del poeta*

Las reuniones en la botica de Almazán tenían lugar todos los días al atardecer, principalmente en el invierno, y más aún los días lluviosos. Pero en los buenos días soleados era cuando los colegiales internos en el de San Luis y San Ildefonso o en el internado del instituto, paseábamos, los jueves, por el recinto exterior de la ciudad, desde el arco del Pópulo o de las Carnicerías hasta el Arca del Agua, bordeando gran parte del antiguo cinturón de murallones deshechos, viejas casucas y venerables palacios y conventos casi derruidos; solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo, el olmo de la Puerta del Conde o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la Plaza de Toros, allí, por el Egido. El luminoso y amplísimo paisaje del alto Guadalquivir y de las sierras de Cazorla y de Mágina, de este a oeste, por los

campos del sur, también lo ha descrito él. Pasábamos los colegiales, saludando, tímidos, respetuosos, y él respondía al saludo añadiendo nuestros nombres propios, como si pasara lista en clase. Todavía lo recuerdo, apoyado con sus dos manos en su cayada, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil, en la presencia ausente de una estatua viva... A lo lejos, en el fondo del valle, «Guadalquivir, como un alfanje roto y disperso reluce y espejea», escribió él, y nosotros lo hemos visto muchas veces, y añadió en otro poema «Tiene Cazorla nieve, y Mágina, tormenta, su montera, Aznaitín»...

En otras ocasiones, los estudiantes llegábamos antes al paseo de las Murallas y le veíamos avanzar, lento y bamboleante, como si cojeara levemente, y era entonces cuando nos saludaba con un adiós para cada uno de nuestros apellidos. Otras veces le veíamos llegar por el paseo de la estación del tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua, un paseíllo de acogedores jardines y de fuente cantarina, a cuyo regazo nos acogíamos los estudiantes. Y alguna vez yo había recitado, al atardecer, entre dos luces, aquel poema suyo dedicado a Juan Ramón Jiménez por su libro *Arias Tristes* y en el que figura el verso «Sólo la fuente se oía».

Don Antonio continuaba su paseo, carretera adelante, hacia la curva de los Montalvas. Muchas veces dijeron que iba a comprar cerillas a Úbeda, que está a nueve kilómetros, entre olivares y tierras de pan llevar...

*Y la encina negra*
*a medio camino*
*de Úbeda a Baeza*

Colmena de poesía para nosotros durante muchos años, ahora la encina ya no existe, talada por unas manos vulgares, como las que talaron otra encima entre los olivares del cerro de la Carrasca, en mi pueblo, testigos ambas de otros tiempos y otros gustos.

*Mis primeros versos*

Entre las asignaturas que estudiábamos por entonces, era importantísima para mí la de Retórica y Poética o Preceptiva literaria y composición, cuyo texto

pertenecía al catedrático del Instituto de Gerona don Francisco de P. Massá Vallosera, del que aprendí de memoria casi todos los ejemplos de figuras retóricas, algunas de las cuales recuerdo perfectamente al cabo de los años, tales como las de *epanadiplosis* y algunas de sus congéneres.

El catedrático de Baeza lo era don Francisco Javier Gaztambide, buen profesor al viejo estilo, amable con nosotros, pero al que dada su pequeña estatura, su atildado porte, barba negra derramada en abundante abanico, le recordábamos siempre colgado del brazo de su simpática esposa, mucho más alta que él y que se preocupaba ella misma por el buen resultado de nuestras notas de final de curso. Creo que se apellidaba De las Barras de Aragón. Don Javier Gaztambide se interesó pronto por la afición que yo demostré en clase y fuera de clase por el estudio de su asignatura, y me encargó que escribiera modelos originales de todas las figuras retóricas y de sus formas, desde el pareado hasta la octava real, que yo le presenté a final de curso de un cuaderno prolijamente manuscrito. Incluso hice un soneto, que tuve la debilidad de mostrar a don Antonio Machado. Aquellos mis primeros versos hicieron las delicias de don Javier Gaztambide, que al firmar la papeleta me premió con la nota máxima. También les gustaron mis versos a su esposa y a los amigos de la casa...

Pero ¿y a don Antonio? Para ése, mis versos fueron otro cantar.

–Usted también hace versos? –me preguntó un día, al finalizar la clase. Sentí que me ponía colorado.

–Vamos, estoy dispuesto a escuchar alguno –me dijo sonriente.

Acaso el profesor Gaztambide, en las tertulias de la sala de profesores o en las de la botica de Almazán, le habría hablado de ellos. Y entonces se me ocurrió leerle el último soneto perpetrado por mi musa estudiantil, el que hacía referencia a Eloísa y Abelardo, y que declaraba en pésimos cuartetos el fuego que devoraba el pecho de su joven autor.

Riendo esta vez francamente, la única vez que le he visto reír: apoyado en su bastón, chascando la lengua en gesto característico, burlones los ojos sagaces, preguntó:

–¿Y era muy grande el incendio, amigo Laínez?... Pero no escriba sonetos –añadió más cariñosamente– si no le es muy necesario el hacerlo. Sonetos, ni de

Cervantes –afirmó rotundo–; se han inventado para castigo de los malos poetas. Y si el pensamiento y la técnica no se ponen de acuerdo espontáneamente, mejor es abstenerse de escribir sonetos. Acaso como ejercicio...

No he olvidado nunca esta lección, de clase fuera de clase, tan humana y tan cordial.

–¿Cuál es su poeta favorito? –inquirió después para apaciguar mi ostensible azoramiento. Yo repuse rápido:

–Rubén Darío.

–Siendo Rubén Darío un altísimo poeta, aún hay más, amigo Laínez –prosiguió–; mañana le traeré a usted el último libro de un gran poeta, de un verdadero poeta.

Y al día siguiente cayó en mis manos, casi como una bomba literaria para este aprendiz de poeta provinciano, cuyas desordenadas lecturas le habían llevado a trasegar una fuerte mezcolanza lírica de poetas dispares, un libro novísimo, *Diario de un poeta recién casado,* de Juan Ramón Jiménez, que acababa de salir por aquellos días. El nombre del poeta era entonces completamente desconocido para mí, que no había pasado de Salvador Rueda, de Rubén Darío y pocos más.

Luego que le hube leído con asombro, fui a su casa a devolvérselo. Don Antonio vivía en un entresuelo del Prado de la Cárcel, oficialmente Pasaje del Cardenal Benavides, esquina a la calle de Gaspar Becerra y frente por frente de la cárcel antigua, bellísimo edificio del mejor plateresco andaluz, que ahora es el Ayuntamiento de la ciudad. Me recibió su madre, una viejecita menuda y avispada, vestida de negro, manteleta o pelerina de lana negra y peinada a la moda del alto y redondo tupé de aquellos años. Recuerdo que la habitación, luminosa y modesta, con balcones a la calle, estaba amueblada con sillas y mecedoras de rejilla, muy típicas por entonces en muchas casas andaluzas.

Lo que acabo de contar sucedió por 1917, que es el año en que aparece una edición de las obras completas de don Antonio, y el mencionado libro de Juan Ramón Jiménez, que ahora se llama *Diario de poeta y mar.* Por cierto que a cargo de este raro poeta me sucedieron posteriormente, ya en Madrid, otras anécdotas ligadas a mi devoción por su obra, y sobre todo una muy graciosa entre

Zenobia y yo, que ya las he referido muchas veces y hasta se han publicado en algún artículo de Emilio Salcedo.

*La diligencia de Acribite*

Dos años antes, en 1915 y en el mes de junio, acabado el curso académico, mi primo Manuel Alcalá, también estudiante en Baeza, y yo fuimos una mañana a tomar la diligencia de Baeza a Cazorla, que nos dejaría en Peal. Grata fue nuestra sorpresa cuando encontramos ya instalados en el coche a don Antonio Machado y al señor Gómez Arenas, su compañero de viaje. A mí me tocó ir sentado al lado de don Antonio. Subieron, además, un viajante de comercio y algunas mujerucas con sus envoltorios y varias aves atadas por las patas, que colocaron debajo de los asientos. El coche era destartalado, viejo y de un color amarillo descolorido: los caballos, dos pobres jamelgos. Pero lo que más recuerdo, porque hice varios viajes con él, es la figura grotesca e iracunda del cochero, Acribite de apodo, rubio, coloradote y completamente calvo, incluso de las cejas, bebedor hasta el exceso, que látigo en ristre, desde el pescante, lanzaba sus blasfemias estruendosas y sus pintorescos dicterios contra los caballejos, en los que salía a relucir, en nada elegantes metáforas, la más próxima genealogía de tan famélicas bestias.

Carretera adelante, pasamos junto a la «encina negra», entre nubes de polvo y chascar de latigazos. Hacía mucho sol. Los vaivenes del carricoche nos traqueteaban a los viajeros unos contra otros. Ninguno hablábamos. Las mujerucas suspiraban de vez en cuando. Don Antonio fumaba sus cigarrillos una y otra vez. Gómez Arenas, levantada la cabeza, miraba a lo alto como si buscara el infinito que tantas veces nos dibujo en la pizarra. Apenas nos detuvimos en Úbeda, frente a la posada de Inés y junto a una tabernilla frontera a la gran Explanada, donde Acribite cambió algunas palabras con el tabernero y se atizó dos copazos de aguardiente carrasqueño. Seguimos por Torreperogil hacia el Puente de la Cerrada, siguiendo la polvorienta carretera de los llanos de Grajea. Don Antonio escribía después:

*...el carricoche lento*
*al paso de dos pencos matalones*
*camina hacia Peal...*

De este modo ha quedado mi pueblo incorporado a la geografía sentimental de Machado. Las demás incidencias del viaje quédense para otra ocasión.

*Los estudiantes de Granada*

También recuerdo ahora que por aquellos años, acaso en la primavera de 1916, un día, al filo de las doce, vi un grupo de forasteros acompañados por el arcipreste de la catedral baezana, don Tomás Muñiz de Pablos, que contemplaban la fachada del Seminario, antiguo Palacio de Jabalquinto o de Benavides, ya mencionado, cercano al Instituto; me incorporé al grupo de turistas lleno de curiosidad y escuché a un grave señor una interesante lección de historia del arte baezano. Supe después que el grupo lo formaban los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Y el catedrático era don Martín Domínguez Berrueta, ilustre salmantino y magnífico profesor, al que tanto deben los estudios artísticos de la juventud granadina de aquel tiempo.

Entre los muchachos que le acompañaban en aquella ocasión iba Federico García Lorca, al que pocos años más tarde conocería yo en Madrid. Aquel día ellos marcharon hacia la catedral, y yo, venciendo mi curiosidad, me volví al Instituto, porque no quería perderme la clase de don Antonio.

Al día siguiente mi compañera, Paquita de Urquía, me dio noticia de los viajeros, que los acompañó toda la tarde, y que en el Casino Antiguo, o de los señores, don Antonio había recitado fragmentos de «La tierra de Alvargonzález» y Federico había tocado el piano con mucha gracia; interesante episodio éste, que yo me perdí entonces por ser alumno interno del Colegio de San Luis y no serlo del Internado del Instituto, cuyos alumnos mayores también acompañaron a los excursionistas. Lo que sí recuerdo claramente es que pocos meses después las hermanas Urquía (Paquita y María del Reposo) me regalaron el primer libro en prosa de Federico, que hacía referencia a sus impresiones del viaje, uno de cuyos capítulos se publicó en el semanario *Ayer y hoy,* dirigido entonces por el inteligente escritor y luego malogrado amigo Fernando Martínez Segura y Checa. No he de referir ahora mi constante colaboración en los periodiquillos baezanos de aquel tiempo, en los que a veces firmaba con seudónimo y otras con mi propio nombre o con el de alguno de mis compañeros de colegio.

Puedo pensar ahora que de tantos estudiantes de Baeza, mis contemporáneos, fuimos pocos los que nos dimos cuenta entonces de la alta personalidad de don Antonio. De mis compañeros creo que fui el único, salvo Paquita de Urquía, hija del director del instituto, cuya familia tuvo gran amistad con don Antonio Machado. De los alumnos más antiguos que yo sé destaca el buen escritor Adolfo Chércoles Vico, mi coprovinciano y hoy abogado de lustre en Córdoba, que supo también admirar a don Antonio.

Chércoles estimuló mis primeros versos en la revista *Don Lope de Sosa,* y don Antonio dio su visto bueno para un poema mío que Cazabán publicó en *La Regeneración,* de Jaén, con erratas y todo, dedicado a Baeza:

*Baeza la noble,*
*Baeza la hidalga,*
*tus piedras son himnos*
*que tu gloria cantan...*

*Colofón bibliográfico*

Y aunque pudiera contar muchas más cosas de aquellos días estudiantiles, creo que con lo apuntado basta y sobra para que mi compañero García Blanco sepa de la vieja devoción que mantengo aún desde esta Salamanca inadjetivable por aquella otra noble ciudad de Baeza, la que perfiló mis derroteros literarios entre la poesía de Antonio Machado y la historia de Alfredo Cazaban,

No he de acabar estos renglones sin recoger aquí los nombres de Miguel Pérez Ferrero (*Vida de Antonio Machado y Manuel,* Madrid, 1947) y de José Chamorro («Antonio Machado en la provincia de Jaén», Instituto de Estudios Giennenses, *Boletín,* núm. 16), de cuyas obras, así como de las conferencias y escritos de Adolfo Chércoles, no son estas líneas más que un sencillo complemento. También en la revista *Lucidarium,* 1917, de los estudiantes de Granada, que dirigía el mencionado catedrático don Martín Domínguez Berrueta, de noble memoria siempre para el que esto escribe, quedan huellas que confirman mis recuerdos de aquella época.

Pero permitidme que evoque ahora las primeras cuartillas mías escritas por aquellas calendas, breve glosa a la poesía de don Antonio Machado, y que posteriormente vieron la luz en la revista *Don Lope de Sosa* (1919) llevando al frente un buen retrato del excelso poeta. Gracias sean dadas a la memoria de nuestro don Alfredo Cazabán, que se preocupó de solicitar mis cuartillas y de allegar la interesante fotografía del poeta. Y así guardo en mi agradecimiento el rutilante brillo de estos dos nombres...

RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ

«Strenae. Estudios de Filología e Historia dedicados al profesor Manuel García Blanco», (*Acta Salmanticensia,* Serie de Filosofía y Letras, tomo XVI, 1962, pp. 249-257)